

JOSÉ MARTÍ Y EL EQUILIBRIO INTERNACIONAL*

RODOLFO SARRACINO

Al ser elevado José Martí, a la dirección del Partido Revolucionario Cubano en abril de 1892, se enfrentaba a una situación internacional en extremo compleja. Uno de los problemas más apremiantes a mediano plazo era que, con menos de millón y medio de habitantes, las dos repúblicas antillanas, Cuba y Puerto Rico, unidas en la lucha por su independencia, difícilmente habrían podido sobrevivir sin apoyo internacional a la prevista expansión estadounidense, y ya entonces públicamente ventilada en la prensa neoyorquina, después de la augurada victoria revolucionaria sobre España en la Guerra necesaria.

En esas circunstancias, la unidad y respaldo de la América Hispana revestía para Cuba la mayor importancia. Pero la América Latina permanecía profundamente dividida: la monarquía brasileña se sentía movida por su dependencia económica de EEUU y su emulación con la Argentina por la supremacía en la subregión, cuando aún tenía pendiente con Brasil el diferendo territorial, con peligro de guerra, de los 55,000 kms² de Misiones, al tiempo que ese país se esforzaba por asegurar un acuerdo político-estratégico con la ya poderosa nación del Norte.

No puede ignorarse, según se afirmaba entonces, que Brasil poseía más de la mitad del territorio de todo el hemisferio y poco menos de la mitad de su población. Desde antes de 1880 su política exterior se proponía la unidad estratégica con Estados Unidos, principal mercado para sus exportaciones, especialmente para su enorme cosecha de café. Su justificación era su proclamado temor a una alianza de países hispanoamericanos en el Cono Sur, bajo liderazgo argentino, dirigida contra sus intereses.

Y para Estados Unidos, como ha afirmado el brillante historiador brasileño Helio Jaguaribe “esa relación especial con Brasil constituía una forma de romper la potencial unidad latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas en el formato de un panamericanismo bajo la hegemonía norteamericana”. Ese entendimiento perduró en el plano militar durante casi todo el siglo XX, particularmente durante las dictaduras militares.

* Conferencia impartida el 16 de abril de 2015, en el Centro de Estudios Martianos en ocasión de la inauguración del Grupo Multidisciplinario José Martí y Estados Unidos.

Al producirse en 1889 el golpe de estado del general Deodoro de Fonseca en Brasil, en el curso de la Conferencia Internacional Americana, durante unos pocos días Martí, y otros miembros de las delegaciones latinoamericanas a ese evento especularon acerca de un posible cambio en la política exterior brasileña, que sin embargo no tuvo lugar. Por el contrario, uno de los políticos más brillantes de la monarquía, José Maria da Silva Paranho, Barón de Río Branco, fue eventualmente designado Ministro de Relaciones Exteriores de la nueva república, que nació tarada con la obsesión de la alianza con Estados Unidos, idéntica a la que tratara de asegurar Pedro II. Hasta el día de hoy.

En el propio año, un historiador naval estadounidense, el capitán de navío Alfred Thayer Mahan, presentó en varias de las grandes ciudades estadounidenses, incluyendo la capital, una obra devenida clásica: *The importance of naval power in history (La importancia del poder naval en la Historia)*. El control de los mares era la clave para la expansión planeada de Estados Unidos. Y el aumento consiguiente de su comercio con el mundo, particularmente con Asia, según explicó en artículos posteriores, aseguraría un futuro feliz para el pueblo estadounidense, libre de las crisis de sobreproducción, del hambre y del desempleo que asolaban regularmente a la economía norteamericana.

El tema central de la obra era el ejemplo del Reino Unido, por aquellos días considerado, según Mahan, como el enemigo potencial más peligroso de Estados Unidos, con el que, por cierto, recomendaba un entendimiento político, que a fines de siglo se hizo finalmente realidad.

En 1890, el oficial estadounidense publicó un revelador texto en la revista norteamericana, *Atlantic Monthly*, "The United States looking outward" ("Los Estados Unidos observan el exterior") que analiza la importancia estratégica de las Antillas. En una palabra, el capitán-historiador planteaba con inusitado candor que las islas de las Antillas Mayores, particularmente Cuba, tenía que estar por necesidad bajo el "control" de Estados Unidos, cuyo propósito era proteger un canal interoceánico que ya era público que el imperio que recién veía la luz se proponía construir en el istmo, en Panamá o Nicaragua.

Mahan se refirió específicamente al Paso de los Vientos, la vía más corta hacia el canal planeado, cuya construcción, según previera, no podría iniciarse sin el control de sus aproches, mediante un sistema de bases navales en ambas costas del citado Paso. El punto clave de su política antillana era Cuba. Sus ideas recibieron amplio apoyo en el Congreso presentadas por el joven y ambicioso

político republicano, Henry Cabot Lodge, y su amigo y miembro del propio partido, vicepresidente de la república y después presidente, Teodoro Roosevelt, su compañero profesor en la Escuela Naval de Anápolis, hasta que el Canal se convirtió en un objetivo priorizado del gobierno yanqui,

Todo esto se ventiló con amplitud en la prensa y era virtualmente imposible que pasara inadvertido para Martí. Al iniciarse la Conferencia Internacional Americana, Martí escribió para el diario argentino *La Nación*, en un artículo publicado el 2 de noviembre de 1889, que la conferencia mostraría “a quienes defienden la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo”. Nunca antes Martí había mencionado en público ese principio, tan antiguo como la humanidad y por él conocido desde sus días de estudiante de derecho internacional en la Universidad de Zaragoza, pero a partir de ese momento lo reiteró en todos los documentos programáticos de la revolución, casi siempre vinculado a la necesidad de unidad entre los pueblos hispanoamericanos. A Gonzalo de Quesada le decía en carta fechada en Nueva York el 29 de octubre de 1889: “De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí está [...] nuestra libertad”¹.

El gobierno estadounidense no perdía tiempo. Con la presencia de un grupo de cubanos anexionistas en la Conferencia, inició con su apoyo las gestiones ante el gobierno español para la compra de la Isla. Pero España, indignada, se negó a la venta. Martí comprendió que debía acelerar su proyecto revolucionario para lograr la independencia de Cuba con una guerra contra España sorpresiva y fulminante, que le permitiese establecer, después del triunfo, un equilibrio en las Antillas hispanas para detener momentánea o permanentemente la expansión de Estados Unidos en el Caribe, mediante la unidad de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y hasta Haití, sensible a los intereses de la liberación de las Antillas españolas, con el apoyo de varios países hispanoamericanos: Argentina, México, además de dos o tres naciones centroamericanas, y el respaldo de dos potencias europeas, Inglaterra y Alemania, que en aquellos días experimentaban fuertes contradicciones con el imperio norteamericano en ciernes.

De Inglaterra Martí tenía opiniones fundamentadas en la experiencia bolivariana: baste recordar su crónica de enero de 1887, dirigida a México en *El Partido Liberal*, en que criticaba los prejuicios del periodista y promotor estadounidense David Ames Welk sobre México, en un artículo publicado en la revista *Popular Science Monthly*,

En ese debate Martí intercaló una comparación con la Argentina, una de las pocas ocasiones en que se permitió una opinión clara y directa sobre ese país y sus

relaciones con su aliada europea: “la República argentina crece con mayor rapidez relativa que los Estados Unidos. Y quien ayudó a la Argentina, tiene interés en ayudar a toda la América: Inglaterra”.¹

Pero para tener una idea más clara de lo que Martí se proponía en su proyecto estratégico revolucionario basta citar una de sus reflexiones en su libreta de *Fragmentos* escrita como un memorando para su consulta personal, cuando trabajaba en la firma francesa Lyon and Company de Nueva York, justamente en el año 1887. En ella Martí se refería a unas declaraciones del vicecónsul francés según las cuales con pocas inversiones se podría construir un paso interoceánico para unir el Pacífico al Atlántico con pocas inversiones.

Una firma británica de inmediato declaró su intención de adquirir derechos a la construcción de esa vía, lo que se reflejó en la prensa y movió a Martí a escribir una reflexión que ilustra su visión estratégica:

[...] Lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. Allá, muy en lo futuro, para cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines, --(Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya que tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo”.

Hasta el fin de sus días Martí mantuvo firme ese criterio, que le indujo a concebir una estrategia de equilibrio frente a la expansión estadounidense.

Hasta el fin de sus días Martí mantuvo firme ese criterio, que le permitiría concebir una estrategia de equilibrio frente a la expansión estadounidense.

En fin, todo indica que Martí logró que Roque Sáenz Peña, jefe de la delegación argentina a la Conferencia Internacional Americana en Washington, aceptara sus reflexiones. Y, después de concluida ésta, en el brevísimo intervalo de poco más de un mes en que Sáenz Peña fungió como titular del Ministerio de Relaciones Exteriores,

¹José Martí, *Otras Crónicas de Nueva York, Investigación, Introducción e índice de Cartas* –La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 100

insistió en presentar su candidatura a cónsul en Nueva York ante el ejecutivo nacional, con tareas que en la práctica equivalían a las de cónsul general.

La noticia de su nombramiento en octubre de 1890, y también de Paraguay (ya desde 1887 era cónsul de Uruguay) subrayaba que el dirigente y líder conocido de una revolución en una posesión colonial de España, amiga de la Argentina, era el nuevo cónsul del gobierno argentino en la mayor ciudad de Estados Unidos. Que la nación porteña llegase a respaldar la lucha de los cubanos por su independencia no podía ser una perspectiva grata para el gobierno hispano y tampoco para el de Estados Unidos.

Una vez nombrado, su primera acción política fue dirigirse a los miembros del Club Crepúsculo de Nueva York en una cena en que se hacía público su ingreso a esa institución. Fue, por cierto, una decisión que lo puso en contacto con prominentes personalidades, casi todas de ideas liberales, críticos del rumbo imperial que tomaba Estados Unidos y defensores de las mejores causas internacionales. El encuentro ocurrió en un lujoso restaurante neoyorquino.

Al ser admitido como asociado. Martí les transmitió un mensaje que era a todas luces una respuesta a las autoridades y prensa estadounidenses que participaban en el creciente debate en torno del “control” de Cuba y otros países del Caribe y de la América continental. Un fragmento de su discurso, desconocido u olvidado por los investigadores, pronunciado originalmente en inglés, fue publicado en español en octubre del propio año en el periódico *El Porvenir* de esa ciudad:

[...] Se hablaba entonces, y aún puede ser que se hable hoy, entre políticos ignorantes y adementados, de la intrusión disimulada, con estos o aquellos pretextos plausibles, de estas fuerzas del Norte en los pueblos meritorios, laboriosos, ascendentes, de la América española, de la intrusión, so nombre de la libertad, en la libertad ajena, que es delito que no se ha de cometer, porque hartos saben los que en ella viven que, a vueltas con sus elementos heterogéneos lo que triunfa aquí al fin y al cabo es la gran conciencia nacional, que no permite ya de semejante mancha. Pero si esa unión violenta de que suelen hablar, una que otra vez, los políticos adementados e ignorantes, no ha de realizarse ciertamente por la nobleza que la habría de imponer, y la de las tierras que la habrían de resistir, hay otra unión simpática y posible, tan apetecible del lado de acá de la frontera, como del lado de allá, y es la

que no puede dejar de nacer del trato mutuo, despreocupado y justiciero de los hombres de una zona con los hombres de la otra, de los hombres de veras, cordiales y cultos, como esta asamblea de cabezas firmes y espíritus amantes de la justicia, ante quienes depone el extranjero humilde su corazón agradecido.²

El mensaje era breve, como exigían las reglas del Club, con un matiz antimperialista, a todas luces una respuesta al proyecto anexionista de Mahan y del grupo de congresistas republicanos conservadores que lo apoyaban. Fue recibido con aplausos y abrazos por los asistentes. Calificar de dementes e ignorantes a un influyente oficial naval y a políticos conservadores norteamericanos, empeñados en intervenir en los países de América Latina, ante un auditorio tan variado como poderoso, ocasión en que Martí sin mencionar a Cuba, les comunicaba un mensaje altamente crítico de las verdaderas motivaciones imperialistas de EEUU, como representante de tres países sudamericanos, evidenciaba un grado considerable de audacia, entre otras razones porque su cargo consular presuponía instrucciones de sus gobiernos, en temas que se vinculaban a las relaciones bilaterales de dichos países con Estados Unidos. Hasta ahora no ha aparecido documento alguno instruyendo al cónsul a expresarse como lo hizo. Pero Martí dejó una huella que resistió el embate del tiempo. En 1896 la dirección del Club citó a los directivos de la revolución cubana en Nueva York para entregarle un documento en que el pleno del Club Crepúsculo requería enérgicamente al Congreso de Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano en su lucha por la independencia.

Martí aceptó la invitación a incorporarse a la membresía del Club, que en verdad era una especie de caja de resonancia nacional incontrolada en cuyas filas militaban intelectuales de la talla de Walt Whitman, Mark Twain, Mark Derkham, el magnate del acero y multimillonario, Andrew Carnegie, el general Charles Wingate, héroe de la Guerra de Secesión y presidente del Club Crepúsculo.

En esa ocasión Martí aplicaba el principio del equilibrio en la política interna de Estados Unidos, al dirigirse a dos pueblos, cada uno con sus marcadas diferencias, uno heredero de las enseñanzas de Abraham Lincoln y otro que soñaba con hacer de Estados Unidos un imperio.

Lamentablemente, su importante labor consular se vio abruptamente terminada quince meses después de su designación argentina. El 10 de octubre de 1892, en

ocasión de su discurso por esa fecha patria en Hardman Hall, New York, el ministro extraordinario y plenipotenciario español protestó ante Vicente G. Quesada, el ministro plenipotenciario argentino.

Como resultado de esta acción, Martí fue obligado a renunciar a su cargo, bajo la amenaza de ser destituido, en medio de un escándalo organizado por la embajada de España y la prensa plutocrática local.

Quesada fue felicitado en una florida carta por el monarca español por haber puesto fin a la carrera consular de Martí y, por cierto, también la de su amigo y compañero Gonzalo de Quesada, ex cónsul de la Argentina en Filadelfia. Y el gobierno argentino lo premió con una nueva designación de Ministro Extraordinario y Plenipotenciario, esta vez en Madrid, donde fue, naturalmente, bien recibido.

En cuanto a Brasil, el proverbial sentido común de Martí le impidió, todo lo indica, realizar acción alguna, salvo aplicar su conocido principio del silencio total: nada de periodismo crítico o de otra índole.

Lo cierto es que el líder cubano mencionó poco al gran país del Sur en los 28 tomos de sus *Obras Completas*, tanto en los artículos como en su correspondencia. Dejó incluso de utilizar el término “América Latina” y la frase “la unidad de América Latina”. La de Martí era la “América de habla castellana”, o “la América Hispana”, o la “América española”. O, finalmente, nuestra América.

Es comprensible que tener a Estados Unidos como enemigo potencial al Norte era una perspectiva en extremo azarosa. Pero habría sido el colmo de la irracionalidad provocar al Sur, en esas circunstancias, a un aliado formidable de EEUU. Es obvio que esa fue la razón principal de su silencio.

Su objetivo central, concebido con el mayor realismo, fue, pues, hacer todo lo humanamente posible por asegurar la independencia de Cuba, que debía lograrse en la futura *guerra necesaria* con el apoyo de varios países, vale reiterar, las potencias europeas dispuestas a defender en Cuba sus propios intereses estratégicos, comerciales e inversionistas.

En primer término Inglaterra, en aquellos días la potencia europea de mayor presencia y poder en América Latina, que durante la lucha de Bolívar contra España había apoyado al Libertador con la hoy poco mencionada Legión Británica.

En segundo lugar se hallaba Alemania, bajo la sabia dirección del fundador de la unidad alemana, Otto Von Bismarck, que sostuvo desde principios de la década del ochenta y hasta 1890, año de su retiro, fuertes choques navales con Estados Unidos en varias islas estratégicas del Pacífico, soñó incluso con desviar la

emigración alemana hacia Cuba y solicitó a España un puerto en la Isla para una base naval germana.

A los vicecónsules de ambos países Martí envió sendas cartas desde las cercanías de Guantánamo, pocos días antes de su muerte, que despertaron interés en ambas cancillerías, como hemos conocido por dos investigadores, uno alemán, Martin Franzbach, y el inglés Christopher Hull, que consiguieron localizar las misivas de Martí y tomaron buena nota de las positivas reacciones oficiales a ellas. Esta acción no significaba la eliminación de Estados Unidos del escenario internacional, tarea por lo demás imposible.

No olvidemos que, pocos días antes, Martí había concedido una entrevista al periodista del *New York Herald*, Eugene Bryson y por su conducto envió una especie de misiva abierta al pueblo estadounidense publicada por dicho periódico, cuyo contenido, aunque alterado editorialmente, no difería mucho de los mensajes a los gobiernos de Alemania y Gran Bretaña.

Con ello daba un paso más hacia su concepto del equilibrio internacional en torno de las Antillas Mayores, vale decir, de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y, por qué no, también Haití.

Conviene recordar, al llegar a este punto, que uno de los sueños acariciados hacía muchos años y reiterado una y otra vez por Hostos, Betances y otros patriotas puertorriqueños, en artículos que datan de la década del ochenta, y aún antes, pero en particular los aparecidos en el periódico *Patria*, entre 1894—95, en días cercanos al inicio de las operaciones militares en Cuba, era la idea de una Confederación del Caribe. Martí nunca objetó estos propósitos revolucionarios, con los que por principio estaba de acuerdo. Pero en aquella coyuntura resultaban inoportunos. La prioridad debía ser la independencia de las Antillas hispanas. La Confederación vendría después, porque podían distanciar a las potencias europeas que estaban en proceso de dirimir sus graves contradicciones inter-imperialistas con EEUU sobre el posible apoyo a la revolución cubana, que Martí entendía necesario para asegurar la independencia de las Antillas hispanas. Esto habría sido de la mayor importancia, sobre todo en el período de la posguerra.

Para Martí era obvio que, de iniciarse las hostilidades entre Inglaterra y Estados Unidos, la cercanía de las islas británicas al territorio continental estadounidense sería de suma importancia en las operaciones bélicas. Por eso, aunque permitía la publicación de las opiniones de los aliados puertorriqueños en *Patria*, nada

declaraba sobre ese tema, que debía aguardar el triunfo de las armas revolucionarias y la consolidación de sus gobiernos.

En fin, los planes de Martí mostraban, como un objetivo primario, el logro del apoyo argentino, y por esa vía el de Inglaterra y Alemania. La reunión de Martí con Estanislao Zeballos, embajador argentino en Washington a fines de 1894, al parecer poco después de su entrevista con Porfirio Díaz en México, hecho desconocido en Cuba hasta hace poco tiempo,³ indica aún un alto nivel en las relaciones del líder cubano con la Argentina, lo que habría sido importante en la etapa de la posguerra. Las investigaciones sobre este relevante documento no han concluido.

Centroamérica, pero sobre todo México, preocupados por la ascendente ingerencia estadounidense por las crecientes concesiones mineras mexicanas a Alemania, Francia e Inglaterra, figuraban, pues, en los planes martianos como posibles fuentes de apoyo material y político. Todo parecía factible en un período que hoy llamaríamos de alta “multipolaridad económica, política y militar”.

Interrumpidos totalmente sus vínculos con los consulados sudamericanos, en enero de 1892 Martí ya había logrado la aprobación de las bases y los estatutos del Partido Revolucionario Cubano, cuya fundación se dio a conocer formalmente tres meses más tarde. A partir de entonces, no hablaría como el intelectual brillante, y funcionario consular de tres repúblicas sudamericanas, sino como el representante de la gran mayoría de los patriotas cubanos emigrados en Estados Unidos, Centroamérica, América del Sur y Europa. Con gran previsión Martí había incluido en las Bases del Partido: “Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva república indispensable al equilibrio americano”.

Con el respaldo de esa representación Martí viajó a México en 1894 y le escribió al presidente mexicano una solicitud de entrevista, en cuyo texto se observa claramente su autoridad política, ya consolidada, y el respaldo de los clubes revolucionarios cubanos dentro y fuera de Cuba. Se trata de unas líneas que revelan además su capacidad dialéctica y su flexibilidad táctica. Veamos parte del texto para observar al Apóstol en una iniciativa del más depurado realismo político:

Señor:

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos, — que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México— y que no ve en la independencia de Cuba la

simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsora a que se dispone Cuba. Los cubanos no la hacen para Cuba sólo, sino para la América; y el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy.⁴

La entrevista, asegura el historiador mexicano Alfonso Herrera Franyutti,⁵ tuvo lugar: Martí se entrevistó con Porfirio Díaz, de quien no pudo lograr, por la permanente presión y consiguiente influencia estadounidense en México, una promesa de reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano, pero sí su simpatía por la revolución y una importante ayuda pecuniaria personal de unos 20,000 pesos oro, cifra respetable entonces, lo que dejaba abiertas las puertas en la capital mexicana para futuros contactos y contribuciones.

Iniciadas las operaciones militares en 1895, la República en armas, aún bajo la influencia menguante de José Martí, rápidamente priorizó la diplomacia. Nombró enviados especiales, agentes generales o encargados de negocios, según el caso, en Chile, Perú, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Brasil, Uruguay, Argentina, Ecuador, Venezuela, México, Costa Rica, El Salvador, Santo Domingo, Haití, Francia, Gran Bretaña y hasta los propios Estados Unidos. Aunque la ofensiva diplomática era importante, no era suficiente. Hacía años Martí estudiaba la factibilidad de la unión latinoamericana. Ya Hacia 1881 había escrito sobre ese tema en su cuaderno de apuntes como la concebía:

Una gran confederación de pueblos de América Latina – no en Cuba – en Colombia (por evitar así el peligro de anexión forzosa de la Isla). Tribunal de todos para las querellas de cada uno. — Socorro de dinero de los estados en guerra con nación extranjera. Libertad plena de cada una de las repúblicas de unirse a cada pueblo en contienda. Visita previa a los E. de S. A.

Eran claramente pinceladas gruesas de ocasión, que nunca al parecer pudo completar. No perdamos de vista que la Colombia a la que Martí se refería no era la misma de principios del siglo XX. El istmo donde el futuro canal sería construido era parte de su territorio nacional. Colombia no había sido aún objeto del desgarramiento panameño que sufrió con el respaldo de Estados Unidos. Hacia 1881, o algún tiempo después, Martí estimaba inconveniente que Cuba fuese sede de una utópica confederación que podría justificar una decisión de anexión a Estados Unidos. La idea central en esas líneas era la de la unidad continental mediante una confederación hispanoamericana para la cual no se escatimarían recursos. Y cada estado contaría con libertad plena para alianzas y acciones defensivas.

Pero entre 1895 y 1898 – y aún después -- se hizo sentir el vacío del prestigio, de la autoridad y del genio político de Martí, caído en combate, cuyo proyecto preveía una activa gestión personal ante los gobiernos hispanoamericanos mediante un viaje a todos o casi todos los estados sudamericanos y del Caribe, para asegurar el mayor apoyo moral y material posible a la revolución, y el reconocimiento a las autoridades revolucionarias, vital para la supervivencia de una nueva república geográficamente cercana al imperio emergente.

A Martí le fue imposible aplicar una política exterior de Estado, ni pudo emplear en la vida diaria del pueblo cubano los principios políticos que se leen entre líneas en las bases y estatutos del Partido como brevemente hiciera Bolívar, y por cierto Y también nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, a partir de 1959. Pero los principios que animaron la política de Martí como un revolucionario en acción fueron fuente de inspiración para los revolucionarios cubanos de la Generación del Centenario durante la lucha contra Estados Unidos y su títere Batista. gracias en buena cuenta a Martí y Bolívar, América Latina está empeñada en alcanzar “la segunda independencia de América Latina”, que avanza, pero aún aguarda la acción final de nuestros pueblos, en medio de la más inhumana ofensiva política, económica y financiera en la historia del imperialismo, y su más brutal amenaza militar en los anales de nuestra América.

Pero ni Bolívar “aró en el mar”, ni Martí sacrificó su preciosa vida en vano. Sus ejemplos germinaron en los héroes de la Generación del Centenario, que hicieron posible el milagro del resurgimiento de la dignidad nacional en Cuba y en los pueblos que hoy luchan por establecer en nuestra América la unidad y la

integración, finalmente latinoamericanas, en la economía, pero sobre todo en el plano más universal de la historia, la cultura, la solidaridad y las tradiciones comunes humanistas, sin la inconveniente y casi siempre criminal intervención de la vieja y ya decrépita potencia imperial de nuestro continente, que hoy corre desesperadamente detrás de los tiempos.

NOTAS

José Martí, carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, octubre 29 de 1889 en :*Obras Completas*, La Habana, tomo 1, pp. 247*250.

2 José Martí, Fragmento del discurso pronunciado ante el Club Crepúsculo de Nueva York, en *El Porvenir*, Nueva York, 29 de octubre de 1890, bajo el título de “Recuerdos de Verano”, y en OC, t. 28 Nuevos materiales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, p. 339. Ambos fragmentos los hemos cotejado.

3 Rodolfo Sarracino, “José Martí y Estanislao S. Zeballos, El último encuentro”, La Habana, revista *Honda*, no. 41 de 2014.

4 Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*, México, D.F, 1969 p. 129.

5 *Idem*.